

Cruxent, el maestro humanista, el arqueólogo amigo

Jacqueline CLARAC DE BRICEÑO

Museo Arqueológico Gonzalo Rincón Gutiérrez. Universidad de Los Andes (Venezuela)

Conocí al Profesor Cruxent en 1964, cuando yo estaba estudiando Antropología en la Universidad Central de Venezuela (UCV). El Profesor ya no estaba dando clase en la escuela de Sociología y Antropología (todavía no se habían separado estas dos carreras, cosa que se hizo mucho más tarde, en 1988), así que decidí ir a visitarlo a Pipe, donde había fundado el Departamento de Antropología del Instituto Venezolano de Investigaciones Científicas (IVIC).

Recordaré siempre el ambiente en el que me recibió. Debo decir que, aunque en esa época yo sólo era una estudiante, me hizo pasar en seguida y me atendió con mucha gentileza y sin prisa. Quiso que hablásemos en francés, lengua que él dominaba muy bien.

Recuerdo un gran espacio, que parecía más bien un salón que una oficina, pero un salón donde se podía conversar al mismo tiempo que estudiar y hacer reuniones de trabajo. Había grandes estantes de bibliotecas en las paredes llenos de libros, y, en todas las sillas, en el sofá, en el escritorio, en los estantes, encima de la biblioteca, sobre la alfombra, en todas partes había gatos, de todos los pelajes, colores y tamaños, que lo observaban muy atentamente a uno durante la visita.

Esto lo iba a recordar muchos años después, en 1987, cuando el Ministerio de Ciencias le otorgó el Premio Nacional de Ciencias y organizó para él un homenaje en la comunidad de Tara Tara, en el Estado Falcón. Fui desde Mérida a este homenaje con mi hijo Ricardo, adolescente, y con Antonio Niño, quien trabajaba en el Museo Arqueológico de la Universidad de Los Andes conmigo y tenía una gran admiración y sentía un gran afecto por

Cruxent, pues éste había sido su profesor en múltiples seminarios cuando se realizó en el Estado Zulia el Proyecto de Rescate Arqueológico, organizado por CORPOZULIA, programa que dirigió durante seis años el arqueólogo argentino Muñoz Regueiro con la ayuda de su esposa Marta Tartusi. Dicho seminario recibía entonces la colaboración de otros arqueólogos del país y principalmente de Cruxent.

El Dr. Tulio Arends, entonces Ministro de Ciencias y Tecnología, había aceptado la sugerencia de Cruxent para que el homenaje que se proyectaba, no se llevara a cabo en Caracas como era costumbre, sino en el pueblito falconiano de Tara Tara. Dicho pueblo se estaba haciendo famoso por haber encontrado Cruxent restos paleontológicos en la zona y porque ya ideaba el futuro parque arqueológico-paleontológico de Taima Taima.

Tara Tara era el pueblito donde había elegido el profesor establecer su residencia, lo que ha sido desde entonces una gran ventaja para los habitantes del lugar, porque Cruxent se ocupó de mejorar el ambiente y todos los servicios de este pequeño pueblo, donde se ha conservado un recuerdo imborrable de él y de la amistad que tuvo con todos los habitantes del lugar, tanto colectiva como individualmente.

Era el profesor muy generoso, nunca olvidaba a sus amigos. Había conocido en París a Alex Lhermillier y Nelly Ginoux, antropólogos, que se hicieron muy amigos de él, de modo que, cuando los esposos Lhermillier que estaban investigando a los indígenas Yu'pas de la Sierra de Perijá (gracias a un contrato que habían obtenido en la Universidad de Los Andes) se encontraron sin trabajo al no ser renovado su contrato, de modo que tenían que re-

gresar a Francia (a su gran pesar). Cruxent los invitó a ir a Tara Tara, donde les consiguió una casa. Quedaron los Lhermillier un año en el pueblo, de donde pudieron ir también a compartir varias veces con los Yu'Pas, grandes amigos de ellos, quienes los consideraban como parientes desde que esos antropólogos habían vivido dos años con ellos, aprendiendo su idioma, construyendo una casa como la de ellos, donde habitaban con su pequeña hija Nakassi (cuando hacían su tesis del doctorado en antropología), compartiendo todas las actividades de los Yu'Pas, de modo que éstos crearon un mito muy bonito, según el cual los Lhermillier eran descendientes de unos Yu'Pas que, hacía muchísimos años, habían migrado a Francia...

Todos estos recuerdos los podían compartir con Cruxent, que había conocido también a los Yu'Pas varios años antes. Les había interesado muy particularmente el conocimiento que tenía "el Profesor" de los "ti-yo-tio" de los Yu'Pas, esas cortezas de árbol sobre las cuales estos indígenas escribían mensajes utilizando un código común a todo el grupo. Es una lástima que hoy hayan perdido los Yu'Pas esta escritura, desde que sus hijos van a la escuela bilingüe. Los investigadores de la Universidad del Zulia que actualmente trabajan con los Yu'Pas podrían tal vez reconstruir dicho código con los individuos más mayores de esta etnia.

En Tara Tara vivieron entonces Alex y Nelly, compartiendo con los habitantes y aprendiendo ahí Alex la cerámica, lo que le iba a servir mucho luego, cuando regresó a Francia y que no pudo conseguir trabajo en ese país por haber quedado demasiado tiempo en Venezuela. En efecto, sobrevivió en Francia a partir de ese momento gracias a la cerámica aprendida en Tara Tara y a los recuerdos de los pesebres andinos. Creó un maravilloso pesebre muy complejo, con personajes de cerámica, vestidos a la usanza de los Andes de Mérida, Perú y Bolivia, colocó cascadas, caminos, puentes, pequeños autobuses, todo con movimiento. Esto gustó tanto a los franceses que el Ministerio de la Cultura lo invitó a llevar su pesebre por

varias ciudades de Francia en época de Navidad, con gran éxito.

Llegamos temprano a Tara Tara, así que pudimos conversar tranquilamente con Cruxent, en su casa de piso de arena: ahí algo nos interesó e impresionó, y causó la admiración de mi hijo adolescente, además del interés de la conversación y de la increíble gentileza y hospitalidad de Cruxent: Fue la gran cantidad de insectos y otros animalitos que vivían en total libertad en su casa, corrían por todas partes y se instalaban tranquilamente sobre los libros y los brazos de los asientos: arañas de todos los tamaños, lagartijas, grillos, mantis religiosas, además de los gatos. No mataba insectos ni animalitos de ningún tipo, consideraba que todos los seres tienen derecho a la vida. Su amor por la naturaleza era demasiado grande, tal vez escogió la arqueología como objetivo de vida para tener la excusa de pasar mucho tiempo en la naturaleza, por esto también tuvo interés por las etnias venezolanas, amazónicas y de la Sierra de Perijá, que vivían más cerca de ella que nosotros, la entendían mejor, la respetaban, como él...

En su casa había algunos de sus propios cuadros, hechos con toda clase de materiales, con redes de pescadores, con arena, con rocas desintegradas, con pintura, con cielo... Ya cuando lo había visitado en Pipe varios años antes, pertenecía al Techo de la Ballena en Caracas, y había participado en una exposición en Bruselas. Quería que sus pinturas fuesen a la vez estáticas y dinámicas, como la naturaleza. Lo entendí bien, por haber incursionado yo por la pintura a mi llegada a Venezuela en 1951: Estuve estudiando en la Escuela de Bellas Artes de Valencia, bajo la dirección del Profesor Braulio Salazar y de Mauro Mejías, con Rafael Pérez, con Montenegro y otros, luego estuve en el mismo tipo de escuela en Viena, Austria, pero ahí el academicismo era demasiado fuerte, ahogaba la creatividad, así que me fui más bien al taller de un pintor ya famoso en ese país, Arnulf Neuwirdt; yo no tenía dinero para pagarle, pero me ofreció un cambalache: Darle clases de francés y de español a su esposa a cambio de participar en su taller.



FIG. 1. José María Cruxent en la Península de Paraguaná. Estado Falcón.

La gente llegó poco a poco a Tara Tara para asistir al homenaje, gente de Coro, de La Vela, de Caracas, de Barquisimeto, y por supuesto de Tara Tara; llegó el Dr. Arends; yo esperaba volver a encontrar a los colegas del IVIC, quienes debían tanto al Profesor Cruxent, pero no: No vino nadie del IVIC ni de la Escuela de Antropología y Sociología, de la cual Cruxent había sido co-fundador en la década de los 50. La única antropóloga en asistir a este acto fui yo.

En 1998 preparamos en Mérida el Primer Congreso Nacional de Antropología, y decidimos hacerle un homenaje a Cruxent por todo lo que Venezuela le debe: Fundación del Departamento de Antropología del IVIC a petición del Dr. Marcel Roche, que lo estimaba mucho; fundación de las cátedras de Arqueología cuando co-fundó la Escuela de Sociología y Antropología, con —entre otros— la Dra. Adelaida de Díaz Ungría, de origen español como él y emigrada a América, como él también para escapar a la dictadura y persecuciones de Franco. “Padre

de la Arqueología Venezolana” como se le ha reconocido a menudo, sobre todo por haber dado a nuestro país la primera visión panorámica y cronológica de su arqueología, ya que investigó en todas partes, en Oriente, en la selva amazónica, en los Andes de Mérida y Trujillo, en Aragua, Carabobo, en Lara, en Barinas, en Zulia, en la Sierra de Perijá, en Falcón, etc. construyendo con su colega Irving Rouse su famoso modelo en cuatro etapas de la riqueza cerámica venezolana, estableciendo más de veinte estilos y series a lo largo de dichas etapas: el Paleoindio (todavía sin cerámica), el Mesoindio, el Neoindio y, después del contacto de los indígenas con los españoles, el Indohispano, términos que él inventó para distinguir la cronología americana de la europea, que hablaba de Paleolítico, Mesolítico y Neolítico, a causa de las reales diferencias cronológicas y de contenido que él pudo establecer entre nuestros dos continentes. Este modelo iba a servir a varias generaciones de arqueólogos desde su primera publicación en español de *Arqueología Cronológica de Venezuela* en 1963 y todavía es una referencia, aunque se trabaja hoy también con otras categorías que las de estilo y serie.

Fue el primero en dar gran importancia a la época de los cazadores-recolectores en Venezuela, a la que se llamaba entonces “Prehistoria”, que logró fechar para el Estado Falcón en 14.920, 12.780 y 12.380 antes del presente, gracias a las puntas de piedra que encontró en el área de Muaco, en el Valle del Pedregal, en El Jobo, zonas hoy muy áridas del Estado Falcón, pero que presentaban anteriormente una vegetación frondosa que servía de alimento a los grandes animales del Pleistoceno: mastodontes, megaterios, gliptodontes y otros. Me dijo varias veces, cuando nos encontrábamos, que él “sabía” que el poblamiento de Venezuela había empezado por lo menos hacía 30.000 años...

Ya para la fecha de publicación de su libro *Arqueología Venezolana*, 1963, había logrado localizar en el Estado Falcón más de 45 sitios y recolectado unos 20.000 artefactos de piedra, los cuales constituyen sin duda una referencia para toda la arqueología americana, sur y nor-

te; y para nosotros en Mérida, ya que acabamos de conseguir también, en una zona hoy muy árida, en el Valle del Anís, cerca de Chiguará, un sitio paleontológico con paleofauna y paleoflora de esa época antigua, siendo para nosotros en Venezuela la principal referencia cronológica, zoológica y botánica (y tal vez cultural) los trabajos de Cruxent en Taima Taima, Muaco y El Jobo.

En 1998 le hicimos en Mérida un homenaje al Profesor Cruxent, que resultó demasiado pequeño conociendo la importancia de este personaje y gran amigo. Por esto nos contentamos mucho cuando, más tarde, Camilo Morón, tesista mío en la Maestría en Etnología (Mención Etnohistoria) y amigo también de Cruxent, además de

falconiano con un inmenso amor a su tierra, empezó a reunir firmas en la Universidad de Los Andes para darle a ese padre de la arqueología venezolana un “Doctorado Honoris Causa” por esta casa de estudios. En vista del conocimiento que teníamos todos de la importancia de este gran arqueólogo y humanista, nos pareció muy injusto que se invirtiera tanto tiempo en tener que buscar firmas para apoyar la petición, pensábamos que nos hubiésemos podido olvidar de tanta burocracia en un caso como éste, pero no fue posible e infelizmente se nos fue el profesor amigo antes de darle este título que tanto y más que nadie merecía...